

## Testimonio de Ana Carolina Lira Chumpigahua (Lima, 1961)

Señores de la Comisión de la Verdad, muchas gracias por darme esta oportunidad. Le doy gracias a la institución a la cual represento, le agradezco también de mi esposo.

Soy la suboficial técnica de primera, en retiro, Ana Carolina Lira Chupingahua. Soy de la Policía Nacional del Perú (PNP), egresada en el 85 de la Escuela de la Policía Femenina, de la ex Guardia Republicana del Perú. Estaba asignada con funciones de seguridad en establecimientos públicos, privados, fronteras y penales. En ese sentido, trabajé en varias dependencias policiales y también en penales como: [Miguel] Castro Castro, Luriganchó, Palacio de Justicia, Congreso [de la República], Municipalidad de Lima, Ministerio de Energía y Minas, Pesquería y muchos más. Estuve en el 88 en Castro Castro.

Me casé en el 87. Conocí a mi esposo en el servicio, tenemos dos hijos. Por la poca cantidad de policías femeninas en la ex Guardia Republicana, rotábamos mucho para brindar servicio en los penales. Vivía en Canto Grande [San Juan de Luriganchó], exactamente en Mariscal Cáceres, colindante con los asentamientos humanos como Motupe, Montenegro, Mariátegui, Huáscar.

En los años 80 al 85, había mucha violencia, los miembros de la Policía Nacional éramos víctimas constantes de atentados terroristas y de comandos de aniquilamiento.

Como mencione, vivíamos en Canto Grande, casi cuatro años, en medio de los apagones y las pintas en los cerros, paredes de la hoz y el martillo que eran habituales en la zona, infectada de elementos terroristas. Veíamos cómo nuestros colegas eran acribillados. Eran tiempos difíciles, la vida del policía no valía nada. Cada día era normal leer los diarios y ver que un policía había sido asesinado. Eso era el diario vivir de los 80, hasta el 90.

Nosotros, nunca pensamos que nos iba a pasar a nosotros, pues trabajábamos de manera transparente con responsabilidad y con amor hacia la institución y a nuestra Patria. Pero, estas personas no sabían de eso.

El 31 de marzo del 92 teníamos dos niños: de cuatro y un año y un mes el más pequeño. Me acuerdo que no teníamos persona que nos ayudara a cuidarlos. Entonces, a Dios gracias, cuando estaba de servicio, mi esposo yo estaba de franco y cuando yo estaba de franco, mi esposo estaba de servicio, esto nos permitía compartir el cuidado de nuestros niños.

Ese día, mi esposo se quedaba con mis niños, como siempre me acompañó hasta el paradero porque tenía esa hermosa costumbre de acompañarme cuando tenía que ir a mi servicio. Bueno, ese día, un mes antes los había bautizado a mis hijos y mi padre le regaló una pequeña bicicleta al mayor. Estábamos a dos cuadras del paradero y recuerdo claramente que los abracé y los besé. Los miré como si fuera la última vez, y no me equivocaba.

Me acuerdo que al llegar, divisé una *combi* que bajaba por Montenegro, me despedí de mis hijos y de mi esposo. Di la vuelta, esperé a que subiera un joven y de ahí traté de subir. En esos instantes escuché como un estallido, pensé que era la llanta del carro, de la *combi*, bajé la mirada a ver la llanta y era el primer disparo que me tiraban por la

espalda. De ahí sentí como un desvanecimiento y caí, me acuerdo que miré al cielo y dije: «¿Por qué?». De ahí quise levantarme, incorporarme y sentí cómo las balas entraban en mi cuerpo y cómo mi cuerpo se movía a cada impacto de bala que entraba. Era impresionante ver eso.

En las prácticas que teníamos de sobrevivencia, a veces se utilizaban perros y se veía cómo se disparaba y cómo el perro saltaba, y era el mismo cuadro que vi en mi cuerpo. Entonces, dije: «Dios mío, si sigo moviéndome me van a seguir dando», me acuerdo de que atiné a tirar mi cabeza a la izquierda y es donde entra la quinta bala, que era el tiro de gracia, que me entra por el globo derecho y sale por la sien izquierda, quemándome el nervio óptico de la izquierda.

Fue difícil, estaba consciente y sentí que me quitaron mi cartera, mi carné y se fueron caminando. Sentía pasos regulares, no sé qué cantidad eran, sentí la presencia después de mi esposo que me decía: «No te mueras. Te necesitamos. Nuestros hijos te necesitan». Yo le decía: «No te preocupes, pero sí llévame al hospital». Estaba consciente de eso. Mi esposo puede narrar esta parte porque vio a los que hicieron esto.

### **Elfren Poémape Zorrilla<sup>1</sup>**

Bueno, antes de todo, quiero darle las gracias a la institución por haberme autorizado, para poder estar acá y compartir el testimonio de lo sucedido a mi esposa. Principalmente, quiero darle gracias a Dios porque estoy aquí presente.

Bueno, así como estaba narrando ella, cuando cruzó sonó un disparo, se escuchó como un estallido de llanta. Entonces, veo que la *combi* se va y a mi esposa en el suelo y al lado una mujer de mediana estatura con un revólver en la mano, disparándole. Entonces, yo tenía a mi hijito pequeño de un año. Lo he agarrado, me he puesto de costado y he corrido hacia ella. Habré avanzado cuatro metros. Me salió al encuentro un terrorista, y me apuntó al pecho. Me dijo: «¿Dónde vas? No te muevas». yo le dije: «Ya, si ya le dispararon, váyanse, por favor, déjenme». «No, anda vete, te voy a matar». «¿Pero ¿por qué me vas a matar a mí?». «Vete, vete». Asimismo, como estábamos cerca de mi domicilio, los vecinos, mientras pasaba me decían «Vecino, ya la mataron a su esposa, no lo vayan a matar a usted. Hágalo por sus hijos». Lo único que atiné fue a quedarme parado, ver cómo la mujer le seguía disparando.

En último disparo, mi esposa se hace a un costado, y ya no se movió más. Entonces, medio que no comprendía lo que pasaba, y bueno, se fueron las señoras, dejé a mi hijo no sé con qué vecino y corrí hacia ella, a verla. Y la veía a mi esposa. Tenía un hueco acá, a la altura de la sien, una desfloración, y yo dije: «Ya la mataron». Y le decía: «No te mueras, por favor. Mis hijos, hazlo por mis hijos». Y comencé a buscar ayuda, a buscar un carro. Me paraba en la pista, abría los brazos. Me paraba así, en medio, y los carros se pasaban. Nadie, nadie ayudaba. Un vecino, gracias a Dios llegó con su movilidad. La subimos a ella.

De Canto Grande nos fuimos directamente al [Hospital PNP Augusto] B. Leguía y en el camino hacíamos la pregunta: «¿por qué a nosotros si nunca le hemos hecho mal a

---

<sup>1</sup> No se encuentra inscrito en el Registro Único de Víctimas.

nadie?» Y le decía: «No te mueras, Ana, mis hijos». Me acuerdo mucho de ella, de su palabra, que nunca me voy a olvidar: «No te preocupes, Elfrén, yo no me voy a morir por mis hijos, por ti porque los amo mucho». Hemos ido así conversando y el camino se hacía largo para llegar al hospital.

Llegamos al hospital, al Rímac. Le dieron los primeros auxilios. De ahí, nos hemos ido en ambulancia. Sonando la ambulancia, al Hospital Central. Los doctores le preguntaban: «¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes?». y les respondía, o sea, estaba lúcida. Llegamos al hospital, por la puerta de emergencia y de ahí se quedó con los doctores. Pasó una hora, dos horas. Preguntaba: «Doctor, ¿mi esposa?», y nadie me decía nada. Lo único que escuchaba: «Pobrecita. Ya no vive esta señora», Y, bueno, lloraba, o sea, lo único que hacía era llorar y así fue

Pasó un día, dos días y se iba recuperando. Pude entrar a verla, la vi a mi esposa con la cara hinchada, le faltaba un ojo, con el cabello corto. Era otra persona. Bueno, hasta ahí estábamos bien, está viva. Pero, cuando me dijeron: «¿sabes qué? su esposa no va a volver a ver», creo que fue la parte más difícil. El doctor me dijo: «¿Le dice usted o le digo yo?»: «Doctor, déjeme que yo le diga». Entonces, le digo: «Ana, ya no vas a ver». «No importa», me dijo, «tú y mis hijos van a ser mis ojos». Bueno, como policía en actividad, le agradezco mucho al Comando porque me apoya en todo lo que puede, y puedo ayudar a mi esposa.

### **Ana Carolina Lira Chumpigahua**

Yo quiero agradecerle sinceramente a Dios, esta segunda oportunidad de vida que me da. En verdad, fue difícil recibir la noticia de que no iba a volver a ver. Pensaba en mis hijos, pues de tener una madre sana, tenían que convivir con una madre ciega, discapacitada. Aunque, les digo una cosa: nunca me sentí así. Cuando me recuperé, sentí unas ganas de vivir que no tuve tiempo para decir: «Estoy ciega y, bueno, pues, qué pena». No. Tenía un incentivo y unas ganas de vivir tremendas. Como le decía a mi esposo, no tenía, ni tengo ningún rencor, ningún odio. Siento una paz dentro de mí, tremenda.

Al contrario, sentía pena, por esas personas que creían que con la violencia iban a ganar, la violencia crea dolor y destruye a los seres humanos. El gran motor de mi vida fueron mis hijos. Fue difícil, no solo saber que no iba a volver a ver, sino que mis hijos no me reconocían, no creían que era su mamá. Mi gran rehabilitación fue mi familia, fueron mis hijos.

Al poco tiempo deseaba vivir sola. Mi institución, gracias a Dios, me aprobó una casa, que fue el centro de rehabilitación para mi vida. Pude ser madre, recuperé a mi familia, recuperé a mi esposo porque les invité a vivir una vida diferente. De repente, no lo busqué, pero la vida es así. Quiero lo mejor para mis hijos. Al escuchar tantos testimonios el día de hoy se reafirma lo siempre he creído, la violencia genera siempre violencia. Creo que hay que cambiar el rencor, el odio, para que en nuestro Perú haya más paz. Hemos sufrido bastante tanto de un lado como del otro.

Esta Comisión de la Verdad tiene una palabra que me gusta mucho: «reconciliación». En eso hay que centrarse, en reconciliarnos, porque no solamente hemos sido veinticinco mil víctimas. Por eso, espero, honestamente, señores comisionados que ahora que son

como cirujanos que están abriendo estas heridas, que en muchos casos todavía están con pus, de repente están en carne viva, pues tengan esos hisopos y todos los elementos necesarios para que pueda cicatrizar.

¿Duele? Sí, duele. Esta familia sufrió, pero tiene muchas ganas de seguir adelante. Yo le agradezco a mi institución porque me mantiene con un deseo de vivir tremendo, la formación que me dieron fue tremenda, me ayudó mucho. Agradezco a las personas que estuvieron a mi lado en momentos muy difíciles de mi vida. Agradezco a este hombre que está a mi lado, que es mis ojos, a mis dos preciosos hijos que tengo, que son mi motor.

Deseo que esta comisión logre sus metas, sus anhelos, porque sé que esa palabra, «reconciliación», va a darse cuando todos los peruanos nos unamos en una sola cosa: paz, democracia, pero con paz. Olvidemos lo que pasó porque si vamos a revivirlo para no olvidarlo, entonces, de repente, estamos partiendo mal. Estará en nuestra mente, en nuestro cuerpo. Hay muchos discapacitados, en la Policía, civiles, pero es necesario seguir viviendo y cambiar este Perú que amamos tanto. Le deseo lo mejor a ustedes y que este testimonio de esta familia, de esta mujer que ustedes ven acá, no sea solamente para revivir momentos difíciles que hemos pasado, sino que aprendamos del dolor y que sigamos adelante a pesar de todo. Les doy muchas gracias.

#### **Ingeniero Carlos Tapia García**

Bien, señora Ana Carolina Lira Chumpigahua y señor Elfren Poémape Zorrilla, miembros de la Policía Nacional, de nuestra Policía Nacional, queremos agradecerles por lo valiente de su testimonio y por las enseñanzas que, con seguridad, los aquí presentes han tomado. Un aspecto es la esperanza con la que ustedes transmiten los hechos que podrían haber ocasionado tanto sufrimiento, y en cambio ven la vida con tanto optimismo. En segundo lugar, el espíritu reconciliador que los anima, que debe ser también enseñanza para todo el pueblo peruano para que logremos superar estos difíciles momentos. A nombre de la Comisión de la Verdad y del público, muchísimas gracias por su testimonio.